

La traición del vampiro

Raven Hart



Traducción de Almudena Romay Cousido



PANDORA

Libros publicados de Raven Hart

VAMPIROS DEL NUEVO MUNDO

1. La seducción del vampiro
2. El secreto del vampiro
3. El beso del vampiro
4. La traición del vampiro

Próximamente:

5. *The Vampire's Revenge*

Título original: *The Vampire's Betrayal*
Primera edición

© Raven Hart, 2008

Ilustración de portada: © Franco Accornero via Agentur Schlück GmbH

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-713-8 Depósito Legal: B-34796-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11

Dedico este libro a la gente de Georgia
Romance Writers. Gracias a todos
por vuestros consejos, vuestro apoyo
y vuestra amistad.

Agradecimientos

Gracias a mi crítica personal, Jennifer LaBrecque, por ayudarme a hacer de este un libro mejor y que Jack siguiera siendo honesto.

Carta de Jack, un vampiro

Me llamo Jack McShane y soy un vampiro en un mundo de dolor. En primer lugar, me entero de que el amor de mi vida, una mujer policía llamada Connie Jones, es una cazavampiros. Y si eso no fuera faena suficiente, lo siguiente que averiguo es que ella ha persuadido a una reina vudú para que le abra la puerta al inframundo y así tomarse la justicia por su mano y vengarse del exmarido del infierno; o, mejor dicho, del exmarido en el infierno.

Ahora, pensaréis que alguien que está en el infierno ya sufre bastante. Pero Connie no lo ve así. Se ha ido a darle una patada en el culo en persona. A mí me parece un poco excesivo, pero allá cada uno.

El problema es que una vez que llegas al inframundo, sea o no tu sitio, es un poco complicado salir. Los vampiros como yo pueden viajar allí, pero como nos dimos media vuelta la primera vez que fuimos, nuestro billete cósmico para escapar gratis del infierno ya nos lo habían picado. Si el encargado de ahí abajo me coge, podría decidir que me quede allí para siempre.

Veamos, mi sire, William, una vez fue voluntariamente al infierno a salvar a alguien a quien amaba, y por muy poco no vuelve. Ahora, yo he ido y he hecho lo mismo, y parece que me voy a quedar atrapado aquí. Pretendo traer a Connie de vuelta, aunque sea lo último que haga. Pero no sé si podré encontrar el camino de regreso a casa, como hizo William. Él tiene mucha más experiencia que yo en disyuntivas infernales.

Mi amiga Melaphia, la reina vudú, dice que si no dejas ir a Connie, mi belleza latina me matará algún día. No habrá escapatoria posible. Todo lo que puedo decir es que si mi destino en esta tierra es que una cazavampiros llamada Connie Jones me clave una estaca, que así sea.

Por el momento, en lo único que voy a pensar es en coger a mi chica y salir de aquí como vampiro que lleva el diablo. En cuanto al tema de la cazadora de vampiros, «ya lo pensaré mañana», como solía decir Scarlett O'Hara.

Cada asunto a su debido tiempo.

Carta de William, un vampiro

Yo, William Cuyler Thorne, ya estoy muerto, y llevo unos quinientos años siendo un bebedor de sangre. He sufrido pérdidas que harían a la mayoría de los mortales suplicar morir. Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte, pero yo más fuerza ya no puedo tener. La mía surgió de una fuente infernal, no del ser supremo que tanto proporciona sufrimiento como salvación a los vivos. Yo soy un vampiro. Y estoy solo.

El tranquilo mundo que creé con cuidado durante muchas vidas humanas se estaba desmoronando como la proverbial casa de paja. Mis seres queridos están en serio peligro. Para salvar a la niña de mis ojos, la hija de Melaphia, me vi obligado a matar a uno de los míos. Había convertido a Eleanor pensando que sería mi pareja para toda la eternidad. Matarla fue como si me hubieran arrancado de nuevo el alma.

La amaba. Al contrario de lo que la gente cree, los vampiros podemos amar. Apasionadamente. Tuve sed de ella, y siento que su ausencia se me clava como un cuchillo. El susurro de su último suspiro cuando la dejé sin una gota de sangre me perseguirá hasta que vuelva a convertirme en polvo.

Ahora, mi primer vástago, Jack, a quien considero más hijo que el mío propio, está en peligro de muerte. Al igual que yo, se ha ido a salvar a la mujer que ama, una mujer cuya naturaleza misma es veneno para él, y para mí también.

Si es necesario, bajaré al averno para recuperarlo. Solo el diablo sabe si alguno de nosotros regresará.

Aunque consigamos volver a nuestra casa de Savannah, nuestros problemas no habrán hecho más que empezar. Porque unos poderes mucho más grandes que aquellos que mi familia de Savannah posee se nos están echando encima como cancerberos soltados por el mismísimo Satán.



William

De pie en la cripta de mi casa, me quedé mirando a los cuerpos inertes de Jack McShane y de Connie Jones. Yacían plácidamente. Alrededor de ellos había unos pequeños altares formados por parpadeantes velas y hierbas aromáticas.

Melaphia, la *mambo* vudú más importante de este hemisferio y mi hija adoptiva, estaba al borde de la locura. La confusión de sus ojos hizo que quisiera abrazarla y consolarla, pero antes tenía que averiguar qué les había ocurrido a Jack y a su amiga. Jack todavía tenía su forma corpórea, así que era posible que no lo hubiera perdido del todo, y en las mejillas de Connie todavía había un halo de vida. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando, puede que no fuera tarde para ellos, pero sabía que tenía que actuar con rapidez.

Acababa de llegar a casa con la hija de Melaphia, Renee, de nueve años de edad, después de rescatarla de sus secuestradores. Cuando le arrebataron a la niña, Melaphia sufrió una crisis catatónica. Tenía la esperanza de que el regreso de su hija le devolviera la cordura, pero ahora veía que había sido un tonto al pensar que sería tan sencillo. Lo que había pasado en esta habitación solo había servido para traumatizarla más. Lo único que dijo desde que llegamos a la cripta fue:

—Todo está bien. Tengo mucho que contarte.

Estaba claro que, fuera lo que fuera lo que tenía que contarme, las cosas no estaban bien.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunté yo, intentando no parecer nervioso—. Quiero saberlo todo. Céntrate, querida. Tienes que hacerlo, por el bien de Jack.

Melaphia se mojó los labios y me miró con los ojos entornados.

—Quería ver a su hijo.

Miré a Connie, que llevaba un holgado vestido blanco.

—¿Connie tenía un hijo? ¿Dónde está?

—Muerto —susurró ella.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿En el inframundo?

—Sí.

Mi mente se adelantó a la explicación de Melaphia, y no me gustó hacia dónde se dirigía. Sabía que Jack había descubierto que Connie poseía poderes extrahumanos y que Melaphia le había ayudado a investigar los detalles específicos. Fuera lo que fuera lo que Connie resultó ser, me costaba creer que pudiera haber cruzado del mundo de los vivos al de los muertos ella sola.

Melaphia, por otro lado... Ella era una practicante de vudú de primerísimo orden, y las costumbres de los muertos y la tierra que habitaban eran su herencia.

—Melaphia, ¿ayudaste a Connie a cruzar?

Coloqué mis manos suavemente sobre sus hombros y la volví hacia mí cuando intentó apartar la vista. Ella me miró de nuevo y asintió.

—¿Por qué? —exigí saber yo.

—Porque sé lo que es perder a un hijo —contestó ella—. Mi hija había desaparecido. Habría hecho cualquier cosa por estar al lado de Renee, aunque la hubieran llevado al infierno. Connie me lo suplicó, William.

Había algo más que se estaba callando. Mucho más.

—Tienes que contármelo todo.

—Tío Jack... —dijo Melaphia, y se arrodilló para tocar su mejilla de alabastro. Permanecía inmóvil, como una estatua. De hecho, debido a la palidez de su piel y a su exquisita y masculina estructura ósea, parecía como si un experto escultor lo hubiera

tallado en mármol. Lo único que le daba un aire natural era el brillo endrino de su ondulado pelo.

Me sentía como si una tormenta épica sacudiera mis emociones de un lado a otro. No bien puse a salvo a Renee, descubrí a Jack, mi amado primogénito, en esta dramática escena al estilo de Romeo y Julieta en su momento final. Me entristecía ver a este hombre, grande y poderoso, tan indefenso.

Jack había seguido estando en contacto con su lado humano, más que cualquier otro bebedor de sangre que yo hubiera conocido nunca. Entraba y salía del mundo humano sin ningún esfuerzo y tenía un grupo de amigos mortales. Había arriesgado su bienestar inmortal por sus amigos humanos más de una vez.

Aferrarse a su humanidad pretérita era un rasgo que yo había fomentado inconscientemente, al no oponerme nunca a sus relaciones más allá de avisos ocasionales para que tuviera cuidado. Y no es que hubiera podido impedir que hiciera lo que le viniera en gana. No podía evitar pensar que el hecho de no haber prestado atención a sus escauceos con los humanos podría haber contribuido a su destrucción.

—Ayúdame —pedí yo—. Ayúdame a ayudar a Jack. Tenemos que traerlo de vuelta antes de que se aleje demasiado de nosotros.

Melaphia se puso derecha, y parecía estar haciendo un serio esfuerzo en centrar su atención en mí.

—Sí. Tenemos que traerlo de vuelta. Pero a ella no. Ella tiene que quedarse.

Jack

Maldita sea, estaba oscuro. Y lo que es peor, no sentía a Connie por ningún lado. Mientras esperaba a que mi estupenda visión de vampiro se ajustara a la extraña oscuridad, respiré profundamente, con la esperanza de que me llegara el olor de la fragancia que siempre usaba. Olía a lilas. Mi sentido del olfato, tan diluido como el de la vista, no captó nada tan dulce como las flores. En vez de eso, olía

a... infierno. El hedor a descomposición y a una maldad, que no podía siquiera identificar, hizo que mi nariz se moviera nerviosamente.

Intenté recordarme a mí mismo que también había lugares buenos en los que estar en esta tierra de muertos, por ejemplo, el cielo. Recuerdo que una vez William me contó cómo ayudó a Shari (una pobre chica que quería convertirse en vampiro, pero que no lo consiguió) a entrar en uno de esos sitios. Ahí era hacia donde se encaminaba Connie. Quería comprobar que su pequeño estaba bien. Que su alma descansaba en paz, por así decirlo. ¿Cómo demonios iba a orientarse? ¿Y cómo iba yo a encontrarla para asegurarme de que volvía a casa?

Me di cuenta de que debería haber pensando en eso antes de actuar con demasiada premura y utilizar el vudú para entrar en lo más profundo del infierno. Estas almas, que sufrían tormento eterno, producían sonidos que iban desde el quejido lastimero al feroz gruñido. Era suficiente para que se me pusieran los pelos de punta. No hay muchas cosas que le den miedo a un vampiro. Se podría decir que ahí arriba nunca te cruzarás con un tipo más terrorífico que yo. Eh, si es verdad no es una fanfarronada, como se suele decir. Pero tenía la sensación de que aquí había un montón de criaturas que me podían patear el trasero.

Mis ojos estaban todo lo acostumbrados a esta oscuridad infernal que podían, pero seguí sin distinguir más que formas. Al escuchar los sonidos de escamosos y viscosos demonios al deslizarse, casi me alegré de no poder ver. Si yo mismo estaba asustado y asqueado, ¿cómo debía de sentirse Connie? Mi primera reacción fue llamarla, pero dudé porque me daba la impresión de que muchos de los habitantes de este tenebroso lugar no se habían percatado de mi presencia todavía, así que puede que tampoco se hubieran percatado de la de ella. Si empezaba a gritar, era probable que se imaginaran que los dos estábamos aquí abajo.

Pero ¿y si otra criatura la encontraba antes que yo? Connie es una mujer fuerte. Esa es una de las muchas cosas que la hacen tan maravillosa, pero por mucha experiencia que tuviera atrapando a los

malos, nada de lo aprendido o experimentado la ayudaría a enfrentarse a esto.

Mientras me preguntaba qué camino seguir y qué hacer, me puse a pensar en lo bien que habían ido las cosas solo unas horas antes. Connie y yo habíamos hecho el amor por primera vez. Y, de hecho, había sido la clase de sexo que hace que la tierra se mueva bajo tus pies, retuerzas los dedos de los pies, y pongas los ojos en blanco. Y estuve lo más cerca que un chupasangre puede estar del séptimo cielo. Entonces me di cuenta de que esa había sido su manera de decir adiós. Cuando supe qué había hecho y adónde había ido, a punto estuvo de ser demasiado tarde para ir tras ella.

¡Qué demonios! Si quería encontrar a Connie, antes de que se alejara demasiado de mí en esta oscuridad, no había más remedio que hacer el ruido suficiente para indicarle dónde estaba y al mismo tiempo para despertar, sin duda, a los muertos. «¡Connie!», grité. Inmediatamente, sentí que era el centro de atención de los otros moradores del inframundo. Pensaban que los estaba llamando. Estaban a mi lado, ¡Dios mío!

De repente me acordé de mi pequeño regalo, como a William le gustaba llamarlo. Estaba tan centrado en llegar a Connie que me había olvidado del efecto que tenía sobre los muertos. Los muertos aparte de mí, quiero decir. Fantasmas, zombis y todo lo demás. Es como si se sintieran atraídos hacia mí. Qué diablos, me aman. Jack McShane, el hombre que susurra a los cadáveres.

Savannah está plagada de muertos, y no solo en los cementerios. La historia de la ciudad está llena de guerras, piratería, grandes incendios, epidemias, de todo. En la batalla, la gente era enterrada en el mismo lugar en el que morían. En los incendios y en las epidemias de fiebre amarilla, los cuerpos eran quemados y sus cenizas esparcidas a los cuatro vientos. Los bandidos y los asesinos robaban y mataban a los hombres que tenían la mala suerte de cruzarse en su camino, y los cadáveres se ocultaban en los túneles que había debajo de la ciudad y en escondrijos en las riberas del río.

Esos espíritus acuden a mí cuando me ocupo de mis cosas por la noche. Vienen a consolarse, a confesarse, y a hablar con alguien. Esto

no les ocurre a los demás vampiros, y no sé por qué me pasa a mí. ¿Qué puedo decir? Soy un tipo popular.

Ahora los muertos venían hacia mí de todas partes. Algo huesudo me agarró del hombro, y me lo quité de encima. Algo menudo y de olor nauseabundo me rozó la cadera, y me alejé. Me estaban rodeando, y no me iba a quedar allí a ver qué hacían conmigo cuando me tuvieran totalmente acorralado. Me daba la impresión de que estas criaturas querían algo más que conversación.

Como no podía encontrar a Connie por ninguna parte, hice lo que cualquier tipo sensato habría hecho: corrí.

Corrí a ciegas, y chocaba contra los demonios con tanta rapidez que me sentí como una bola en una diabólica máquina de *pinball*. De vez en cuando algo daba alaridos de dolor y de rabia, y otra cosa intentaba agarrarme alguna parte del cuerpo, pero yo seguía corriendo. Hasta que una forma sólida cayó encima de mi espalda y me tiró al suelo como si tuviera la intención de lazarme.

Fuera lo que fuera tenía su olor, me resultaba familiar. Era un aroma agradable, pero no el de Connie. Esto era algo que había muerto recientemente. Llegué a la conclusión de que olía a lavanda. La cosa me soltó lo suficiente como para darme la vuelta y mirarnos de frente.

—¿Eleanor? —dije boquiabierto—. ¿Qué demonios haces... en el infierno?

Su respuesta fue echarse ligeramente hacia atrás y darme un puñetazo en el mentón con toda su fuerza vampírica. Recuerdo que en lo último que pensé fue en ese viejo dicho de que «no hay nada peor que una mujer despechada».



William

—¿De qué estás hablando? —Intenté que no se notara la emoción en mi voz—. ¿Por qué tiene Connie que quedarse en el inframundo?

—Tiene unos asuntos que terminar. Hace unos años su exmarido mató a su hijo delante de ella y después se pegó un tiro.

En mis sanguinarios días como vampiro novato, infligí suficiente crueldad a la humanidad para arder mil vidas en el infierno. Pero por muy acostumbrado que estuviera al sufrimiento de los mortales, todavía me llenaba de horror pensar en todo lo que había pasado Connie.

—Cuando Connie se dio cuenta en el funeral de Sullivan —continuó Melaphia— de que Jack se podía comunicar con los muertos, quiso que la ayudara, pero no quería que actuara solo de médium como había hecho por Iban.

—¿Quería que Jack la llevara a ver a su hijo muerto?

—Sí. Le exigió que la llevara al inframundo. No solo para asegurarse de que su hijo estaba en un buen lugar, sino también de que su ex estuviera en uno malo.

Cuanto más hablaba Melaphia, más lúcida sonaba, pero no tenía tiempo de valorarlo.

—Pero si él no estaba de acuerdo —dije yo, al recordar que antes Mel había reconocido su culpabilidad—, dime qué ha pasado.

—Él se negó. Fue entonces cuando ella vino a mí. En ese momento, yo había llevado a cabo algunos rituales para intentar averiguar qué era ella y cuál era su misión aquí. Le hablé de la primera revelación, y le dije que era una diosa de los mayas.

—¿La primera revelación?

Algo me hizo estremecer.

—Para lo demás tuve que consultar los textos más sagrados. Me llevó semanas, pero al final até cabos. William, Connie es la cazavampiros que fue profetizada tanto por mi gente como por los mayas hace miles de años. Cuando dos o más culturas diferentes y tan poderosas como estas tienen la misma profecía, lo que profetizan es algo prácticamente seguro.

—¿Cómo puedes estar convencida de que es Connie?

Las posibles consecuencias se me agolpaban en la cabeza.

—Hay demasiado que investigar ahora mismo. Pero el punto clave fue su marca de nacimiento. Connie tiene un sol que coincide exactamente con los dibujos ancestrales. Lo he visto con mis propios ojos.

Recordad la conversación que oí entre Diana y Ulrich. «Es posible que el Cazador ya esté entre nosotros.» Ni siquiera los señores oscuros lo sabían a ciencia cierta. Pero Melaphia sí.

—Entiendo que todavía no les has dicho que ella es la cazadora.

—Por supuesto que no. Ni siquiera sabe qué es una cazavampiros, que yo sepa. Pero estoy segura de que lo descubrirá en algún momento. Por eso accedí a ayudarla a llegar al inframundo, y es por lo que debe quedarse allí. Las que son como ella están destinadas a matarte a ti y a Jack. Siento que esté atrapada en ese sitio, pero tengo que proteger a mis padres. Nunca quise que Jack la siguiera. Él ni siquiera debía saber adónde había ido ella. Pero nos encontró justo cuando había terminado el ritual y Connie cruzaba al otro lado.

—¿Cómo consiguió seguirla? Jack no sabe cómo cruzar esa frontera él solo.

—No lo hizo solo. Apeló a Loa Legba.

Melaphia rompió a llorar. Estaba claro que se culpaba de haber enseñado a Jack lo suficiente sobre el vudú como para invocar al dios que Maman Lalee le había asignado.

—Le enseñé lo justo para que fuera peligroso —dijo Melaphia.

Maman Lalee era una reina vudú tan poderosa que podía apresurar a las almas de los muertos de camino al inframundo. Ella había

sido mi aliada desde la primera vez que llegué a estas tierras, y Melaphia era su descendiente. Cuando se hizo patente que los pacíficos vampiros del Nuevo Mundo se iban a enfrentar con los más malvados de los ancestrales bebedores de sangre, Melaphia estuvo de acuerdo en que debíamos aumentar nuestros poderes y apelar a los dioses de su religión. Al canalizar a Lalee, Melaphia había asignado a cada miembro de mi familia un dios o diosa específico del panteón vudú. A Jack, con su don para comunicarse con otros muertos, le fue asignado Loa Legba, el dios del portal al inframundo, entre otras cosas.

La rodeé con mis brazos y la consolé, como hacía cuando era niña.

—Ese es nuestro Jack —dije yo—. Con tanta iniciativa como siempre e igual de cabezota.

Y de valiente, pensé yo. Como el mítico Orfeo, se ha ido a rescatar a su Eurídice.

—El portal se abrió para él —dijo Melaphia, que rompió de nuevo a llorar—. Y después desapareció.

Ella levantó la vista, me miró con ojos suplicantes y utilizó el tratamiento que no había usado desde que era niña.

—¿Qué vamos a hacer, padre? ¿Cómo vamos a traerlo de vuelta?

—Iré yo mismo a buscarlo. Fui al inframundo y volví sano y salvo una vez. Lo puedo hacer de nuevo.

Intenté imbuir mi voz de más confianza de la que sentía, pero por la mirada de horror de Melaphia vi que no estaba siendo convincente.

—¡No! ¿Y si los dos os quedáis atrapados allí? ¿Quién nos protegerá a Renee y a mí y a todos los que dependen de vosotros?

Por mucho que odiara admitirlo, sabía que tenía razón: había muchas posibilidades de que Jack y yo nos quedáramos atrapados en otra dimensión. Aunque Melaphia fuera capaz de manifestar a Lalee, podrían no ser lo suficientemente poderosas para liberarnos a los dos de las garras del inframundo.

—Tienes razón —admití yo—. He hablado sin pensar.

Melaphia dejó escapar un suspiro contenido, pero todavía tenía el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Crees que si todos los que practicamos la religión nos juntamos para suplicarle a Loa Legba, él traerá de vuelta a Jack? Nosotros no tenemos el vínculo que Jack tiene con él, pero quizá nos oiga si aunamos fuerzas.

—Merece la pena intentarlo. Mi única preocupación es que si abrimos el portal permitiremos que otros seres entren en nuestro mundo.

—¿Seres malvados quieres decir?

—Sí. Pero es la mejor solución que se nos ocurre. Como precaución, ¿por qué no consultas tus libros sagrados para ver si puedes encontrar alguna información acerca de cómo mandar a los indeseables de vuelta al inframundo? Yo iré a buscar a Werm.

—¿No puede llamarlo a través del vínculo sire-vástago?

—Por desgracia, Jack le ha enseñado inteligentemente a bloquear mis pensamientos —le expliqué con ligero desconcierto—. Ese muchacho debe de disfrutar de su privacidad, porque no he podido entrar en su cabeza desde poco después de convertirlo... a menos que él lo desee expresamente.

Melaphia dio un paso hacia atrás y se arregló el pelo, que lo tenía al estilo rasta. Pude ver que estaba reuniendo fuerzas para el trabajo que se le venía encima. Me alegró ver que ya casi era ella misma. Solo esperaba que durara. Necesitaba sus conocimientos y su poder más que nunca.

—Werm tiene su propio negocio ahora —me anunció—. Es un bar. Un bar gótico.

Melaphia me dijo la dirección y me giré para irme.

—Lo siento —dijo ella.

Me di la vuelta para mirarla.

—¿Por qué?

—Por permitir que esto ocurriera.

—No te culpes. Aunque hubiera estado aquí, no creo que pudiera haber impedido que Jack siguiera a Connie.

Mientras volví a adentrarme de nuevo en la noche, pensé en cómo los acontecimientos de las últimas semanas se habían descontrolado más rápido de lo que yo podía enmendarlos. Por primera vez en diez

vidas humanas estaba empezando a temer por mis humanos y mi gente.

En cuanto a mí y a mi seguridad, no me preocupaba más de lo que antes me había importado. Sobre todo ahora que había perdido a mi Eleanor para siempre. Fuera lo que fuera lo que quedara de ella en alguna dimensión lejana, le deseaba tanta paz como pudiera tener allí.

Jack

Cuando volví en mí, Eleanor tenía sus manos alrededor de mi cuello, y apretaba con todas sus fuerzas. Cuando has sido un vampiro poco tiempo, te olvidas de lo que hace falta para hacer daño a uno de los tuyos. Si quería matarme, esa no era la manera.

Levanté los antebrazos y de un golpe hice que me soltara.

—En serio —dije con voz áspera—. ¿Qué haces aquí, y por qué estás intentando estrangularme? ¿No tenías que estar en Inglaterra?

En la penumbra, vi un brillo diabólico en sus ojos oscuros que no había tenido nunca. Puede que lo que tenía encima de mí se pareciera a ella, pero no era la Eleanor que conocí.

—¿Tengo pinta yo de estar en Inglaterra?

Su puño retrocedió para golpearme de nuevo, pero me eché a un lado rodando y me puse como pude de pie. Las otras criaturas se habían retirado, como si la estuvieran evitando.

—William me destruyó —dijo entre dientes.

Se agachó y empezó a dar vueltas a mi alrededor como si fuera una luchadora a punto de lanzarse encima de su oponente. Estaba desnuda y me repugnó ver que su otrora hermosa piel se había vuelto escamosa. Era como si se estuviera convirtiendo en una serpiente como la del tatuaje que tenía en el torso.

Mientras la observaba de arriba abajo, ella siguió la dirección de mi mirada.

—¿Qué te parece lo que me está pasando? —me preguntó ella. Se tocó el vientre ligeramente con la mano como si casi no pudiera

soportar la textura de su propia piel—. Es una pequeña broma de Satán. La chica se convierte en su propio tatuaje.

—No me puedo creer que William te destruyera. Estaba loco por ti. Te convirtió para tenerte a su lado.

—Como Dios hizo a Eva para Adán —dijo ella amargamente—. Lo que no me puedo creer es que vendiera mi alma por ese cabrón.

Arremetió contra mí y, con un golpe en el estómago, me lanzó al suelo. Estaba encima de mí de nuevo antes de que pudiera ponerme de pie. Apoyé las manos en sus hombros, la empujé, y cayó sobre su todavía torneado trasero a unos metros de distancia.

—Entiendo que te clavó una estaca porque lo traicionaste y ayudaste a que secuestraran a Renee.

Me atacó de nuevo y la esquivé.

—Bebió mi sangre. Toda ella.

—¿Es... es esto lo que ocurre cuando a un vampiro lo matan, esto, otra vez, quiero decir?

—Sí, Jack. Esto es lo que te espera. Mírame bien.

No es fácil para nadie enfrentarse a su propia mortalidad, sobre todo los vampiros, ya que somos más difíciles de matar. Pero conseguir una vida potencialmente eterna también tiene sus contras. Si alguien consigue matarte, eso significa que vas directamente al infierno. Y cuando digo directamente, quiero decir directamente. Así que nosotros los vampiros no hablamos mucho de la muerte a menos que nos vaya la vida en ello, sin doble sentido.

—Para empezar, al ser vampiros ya hemos perdido nuestras almas —espetó Eleanor—. Cuando nos destruyen por última vez, nos consideran los más condenados de entre los malditos.

—¿Y qué me dices de Shari? Ella no se convirtió en... lo que sea que tú eres.

—Nunca consiguió convertirse, gracias a ti y a sea cual sea la maldición que tienes con las mujeres.

Sus palabras me hirieron profundamente. Mi incapacidad para convertir a Shari en vampiro la había condenado a este reino demoníaco hasta que William (con la ayuda de Lalee) la envió a un lugar mejor.

—Así que tú eres la más mala de entre los condenados. ¿Es por eso por lo que todas estas otras... cosas... te temen?

—Sí. Y es por eso por lo que tú también deberías. Ahora soy un verdadero demonio.

Se lanzó sobre mí como si tuviera alas. Yo me agaché y levanté los dos puños, golpeándola en el estómago y haciendo que diera una voltereta y cayera dentro del grupo de demonios que tenía detrás de mí. Juntos no parecían tenerle ya tanto miedo. La agarraron con dedos huesudos, en forma de garras, que le arañaron la piel.

Cuando todos estaban distraídos, me puse de nuevo a correr, mientras detrás de mí resonaban los gritos de Eleanor. Me empecé a sentir un poco mejor cuanto más me alejaba de los demonios. Entonces, muy rápidamente, noté que empeoraba. La oscuridad estaba dando paso a una espesa niebla. Todavía no podía ver hacia dónde estaba yendo, pero ahora notaba una opresión que no tenía antes. Comencé a sentirme como si fuera un buzo sin un traje presurizado. Lo que me rodeaba me estaba arrancando lo que me quedaba de vida. Caí de rodillas y el cuerpo empezó a sufrir calambres como un atleta cuyos músculos se han quedado sin oxígeno.

Había una razón por la que aquellos demonios no me habían seguido en esta dirección. Este lugar no era seguro para ellos, es decir, no era seguro para nosotros.